

Platón

Historia de un dolor
que cambió el mundo

Annalisa Ambrosio



Índice

Un hilo de voz	15
Guerra	19
El secreto de Aristocles. PRIMERA PARTE	25
¿En qué punto estaba la filosofía?	29
Un cisne	35
El secreto de Aristocles. SEGUNDA PARTE	39
Estilo	45
Nota al pie	51
Candy Crush	55
La curva cerrada	65
Primer viaje a Siracusa	69
Segundo viaje a Siracusa	79
Tercer viaje a Siracusa	89
Crear en las hadas	97
Idea	105
Cedazo	109
PRIMERA CODA. La Academia o los herederos	117
SEGUNDA CODA. Amor platónico	125
Testamento	133
Ideología	135
Agradecimientos	137

Surge espontáneamente el impulso de apartar el cabello sudado de la frente de los niños después de correr. Es un gesto que no sirve para nada, pero limpia el rastro invisible del cansancio que les hará envejecer. Como devolver un dispositivo a la configuración de fábrica cuando todavía puedes hacerlo.

Para aquellos que lo amaron, el que muere regresa: frágil y agotado ante el tiempo inmenso del que ha escapado para siempre. Un niño.

No estoy segura de que tenga sentido escribir algo sobre Platón después de todos estos siglos y de todo lo que ya se ha dicho sobre él. Pongámoslo así: para mí será como apartar el cabello de su pequeña frente.

Según los estudiosos y las enciclopedias antiguas, Wikipedia también, Platón es uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos y a menudo corona solemnemente el árbol genealógico de la humanidad como «padre del pensamiento occidental», ya que habría configurado las ideas que tenemos —que nuestros antepasados han tenido durante siglos— de dios, la propiedad privada, el eros, la ley, el bien o la gramática, entre muchas otras. Sin embargo, puesto que vivió en un tiempo tan remoto, se nos hace difícil pensar en él como pensamos en otras personas que también, aunque de forma diferente, son *grandes e inmortales* para nosotros. A Nelson Mandela, Virginia Woolf, Meryl Streep o Bruce Springsteen podemos fácilmente sentirlos vivos y humanos, semejantes; basta buscar aspectos comparables de nuestra vida con lo que sabemos de las suyas. De hecho, no esperamos satisfacer el deseo de descubrir el secreto de su éxito y singularidad a partir de la cronología de sus obras: instintivamente hurgamos en sus vidas. Sabemos que es la vía más rápida de establecer contacto, que las cosas verdaderamente relevantes para conocer a alguien están en su vida.

Pero, ¿dedicarías unos minutos a leer la correspondencia personal de Platón? ¿Te gustaría ver un vídeo en el que apareciera imberbe y desnudo en la bañera de su casa? ¿Has pensado alguna vez que su cabeza estaba así amueblada porque había experimentado ciertos sucesos? Pero la vida de Platón está ya demasiado lejos: se ha endurecido como el ámbar.

Sin embargo, estas preguntas son las pruebas decisivas que nos permiten comprender cuánto nos importa una persona. Y la experiencia dice que este tipo de *amor*, el interés por la vida que fluye, es la forma más eficaz de sentirnos cercanos a los demás y comprenderlos en profundidad. Los antiguos están lejos, por lo que nos cues-

ta amarlos, terminan aburriéndonos y nunca los entendemos del todo.

Es cierto que no todas las vidas son relevantes del mismo modo: hay casos en los que la vida de un autor no interviene en sus ideas o invenciones. En el caso de Platón, sí. Y solo podemos llegar a él si conseguimos llenar las lagunas de la memoria con un ejercicio de imaginación, si reconstruimos su historia con cierta dosis de fantasía, sorteando los obstáculos y lanzando el corazón más allá de la ausencia de imágenes y fuentes certeras.

Los libros de texto de filosofía recuerdan a Platón por cosas que en sí mismas no dicen gran cosa: el mundo de las ideas, el mito de la caverna, los diálogos, etc. Yo estoy convencida de que Platón puede volverse más útil si consideramos, en cambio, el camino por el que llegó a ellas. Entonces sí brotarán vástagos *de nuevo*, como pasa con todo buen clásico.

Platón fue un joven inconformista con el mundo y la sociedad, quería cambiarlos completamente. Creo que ofrece un ejemplo fantástico de cómo usar el dolor, de hacer algo valioso con él. Platón debería aparecer en los libros por haber transformado su dolor —la nostalgia de Sócrates— en algo bueno: su mente es interesante porque, mientras las cosas fuera andaban mal, de su interior surgió la intuición de escapar contando una historia.

Muchos griegos de aquellos tiempos contaban historias —poetas trágicos, retóricos, narradores orales—, pero eran *historias* y nada más, historias en la acepción más negativa de esta palabra; es decir, artificios, pasatiempos o publicidad electoral. Muchos las empleaban, pero ninguno se las tomaba en serio.

Platón, por el contrario, había comprendido que las historias pueden cambiar el mundo.

No solo eso. Platón era un sabio y se preguntaba constantemente qué tenía sentido decir (o callar) y si era justo hacerlo, para no llenar el aire de charlatanería. Para él esto era fundamental, porque la *verdad* de su historia entendida filosóficamente —esto es, según el significado que se oculta bajo la apariencia de las cosas— era un tipo de verdad capaz de orientar los comportamientos virtuosos, la única oportunidad de dar al mundo un asidero, una dirección. Teoría y práctica unidas para siempre.

La gran apuesta de Platón fue que una historia verdadera podía traer consigo un futuro mejor. Si sus conciudadanos la hubiesen entendido y creído, se habrían hecho dueños de sus vidas y las habrían llevado en esa dirección, todos juntos.

Por otra parte, si estás escribiendo una historia para cambiar el mundo, debes hacérselo saber al resto: al resto más numeroso posible. Los libros existen por esta razón, para crear una comunidad humana que saque adelante sus historias.

En cierta manera, creo que Platón ha inventado el libro, que ha sido el primero en intuir su diseño, decidir la forma ideal que debía tener algo así para durar, escribir páginas cargadas de palabras que cambian el mundo. Un embrión del libro, obviamente, dado que no existían tipos móviles ni imprentas. El libro entendido como el murmullo de un maestro, como una historia portátil para hermanar a los hombres del pasado con los del futuro.

Hay cosas que solo pueden verse si se miran desde cierta distancia, tanto espacial como temporal.

Y así, *desde nuestra posición*, es evidente que el propósito de Platón era titánico: crear historias sólidas y después usarlas para construir un mundo mejor.

Esta es la idea por la que vale la pena establecer contacto con él y contribuir a su esfuerzo: historias como cimientos sobre los que construir el edificio del futuro y seguir adelante juntos.

Pero la cosa más extraordinaria es que Platón desarrolló su imaginación por necesidad, para defenderse de aquello con lo que la vida le había obligado a enfrentarse, por un reflejo humano y conmovedor. Si merece un gran respeto es por esta pequeña (o gigantesca) conquista: haber conseguido transformar su dolor en fuerza. Por ello la que sigue es *su* historia.

La historia de un dolor que cambió el mundo.

UN HILO DE VOZ

Una docena de cucharas, tres túnicas, un taburete, una tinaja, dos odres de vino, un peine, un par de sandalias, tres cuchillos, un collar de conchas, un baúl, una lima, una pala, una alfombra, seis metros de cuerda, un catre de paja, una especie de orinal, un felpudo, una pulsera de bronce, algo parecido a un martillo, una bolsa, un sirviente, tres cuencos, una estatuilla de terracota. La lista no acaba aquí, faltan el dinero, otros símbolos y todos aquellos objetos cuyos nombres ya ni siquiera conocemos, pero en total serían unas cien cosas.

Claro que no estamos hablando de cavernas paleolíticas, la Atenas de entonces es quizás el lugar más avanzado del mundo en el siglo V a. C. pero, si tuviéramos que elegir una sola diferencia entre las casas de los antiguos y las nuestras, sería que *entonces* las pertenencias humanas estaban todavía orientadas hacia la utilidad, es decir, eran sobre todo utensilios para llevar a cabo acciones precisas como cavar, peinarse o lavarse la espalda. Por lo demás, su mundo está vacío, mientras el nuestro está llenísimo. Estoy hablando de metros cúbicos de aire a poca distancia del suelo. Vacío contra lleno. Tengámoslo en mente a medida que avanzamos, porque no es solo una cuestión de cantidad.

Cuando no se encuentra con los demás, el hombre antiguo está absolutamente solo.

Me doy cuenta de que puede parecer una tontería, sin embargo, es decisivo. Nosotros estamos rodeados por los susurros de los demás, más o menos directos: leemos periódicos, etiquetas e información sobre los objetos que usamos, mensajes privados o colectivos nos acompañan dondequiera que vayamos, caminamos por calles saturadas de escritura. En un sentido general, todas estas cosas son

voces. Estamos prácticamente siempre a la escucha. El tiempo de los antiguos es distinto. Los objetos no les ponían en contacto con otra gente; a lo sumo, la brida de un caballo les permitía dar una orden, pero hay que admitir que esto no constituye un gran contacto. Así pues, más tiempo a solas.

He aquí la segunda cosa que uno aprende observando los objetos de los antiguos.

La primera es el vacío físico, la segunda el vacío mental, tal vez psicológico.

Es posible que hayas sentido alguna vez cómo el tiempo libre puede convertirse repentinamente en angustiosa soledad: así es para muchos la jubilación o el desempleo. No siempre, pero a veces el tiempo a solas produce hastío y, en el peor de los casos, miedo. Es un tipo de miedo que experimentamos únicamente en contacto con la naturaleza, en lugares desiertos, donde los rumores ajenos desaparecen. Sobre todo en alta montaña, cuando buscamos ansiosos piedras apiladas o la señal que indique el camino y diga: «Sí, alguien ha pasado por aquí antes».

Los hombres antiguos tenían más miedo que nosotros, se encontraban a menudo en la montaña y temían constantemente la muerte a manos del cielo: no conocían la jaula de Faraday ni tenían servicio de rescate, temblaban como los perros ante las tormentas o cuando un rayo caía cerca, manejaban el fuego con cautela y veneraban la fuerza enigmática y poderosa de los astros. Y en todos esos momentos buscaban a dios, un dios hecho a medida, que les ayudase a encontrar la razón detrás de las amenazas; una razón quizá perversa, quizá absurda, pero atribuible a una lógica humana y, por tanto, más tranquilizadora que el mero azar. El *mito* —la historia de los dioses, héroes y hombres— había sido siempre un reconfortante repositorio de explicaciones fantásticas y la prueba de que el mundo tenía un significado y una lectura. A pesar de ello, fueron los griegos los primeros antiguos en plantear la sospecha.

Lo demuestra el hecho de que empezaran a tejer versiones alternativas de un mismo mito —lo cual nunca hubiera sucedido en pueblos más dogmáticos— o de que inventaran la tragedia, que es justamente eso: la historia de la dolorosa incompreensión entre dioses y hombres, de la desgracia que no tiene explicación.

Es verdad que si nos perdemos en el bosque experimentaremos el mismo miedo que los primeros bípedos sobre la tierra, pero es igualmente verdadero que los antiguos sentían un espanto particular porque conocían pocas cosas: no estudiaban la física, ninguna noción de química podía aplacar la oscuridad, el vacío mental. Si existía una única voz apaciguadora, era la suya propia. Ningún otro murmullo.

Un hombre extraordinario llamado Hans Blumenberg, que algo sabía sobre el miedo ya que había pasado los mejores años de la vida en un campo de concentración alemán durante la guerra, dijo que solo hay dos cosas que los hombres pueden hacer en la oscuridad: llorar o cantar. Del mismo modo, en la soledad más silenciosa los antiguos encontraban el único consuelo de *su voz*, pura, imposible de registrar ni transferir y, por tanto, irrepetible. Incluso hoy, en la intimidad de la casa o en los momentos vulnerables, como el despertar o el instante antes del sueño, para muchos no hay otras voces; es por ello que la voz propia representa necesariamente la más fuerte, la primera en ser escuchada, más aún si se dirige en imperativo. Puede que esta condición, extendida sobre la mayor parte del tiempo solitario, hiciese más fácil para los antiguos tener fuerza de voluntad, darse órdenes y respetarlas. Por otra parte, cuando hablamos solos suele ser todavía hoy para hacer esto.

Hay varios bustos y muchos retratos de dudosa fiabilidad, pero entre las descripciones físicas de Platón que han pasado a la historia la más importante es la del historiador Diógenes Laercio, por quien sabemos, por ejemplo, que *Platón* era un apodo. Al bebé le dieron el nombre de Aristocles pero, a causa de su amplia espalda, un profesor de gimnasia acuñó aquel seudónimo: Platón significa algo parecido a «el de espalda ancha». Laercio dice también que Platón hablaba con un hilo de voz. De hecho, se refiere a esta como «una voz de cigarra», sutil y melodiosa. Si tienes una voz así no puedes guardártela para ti mismo, tarde o temprano acabarás susurrando en los oídos de los demás. Mientras tanto, puesto que es cierto que para los antiguos la voz era la única antorcha frente a la soledad y el miedo, Aristocles tenía consigo un formidable instrumento para vencer a ambos.

GUERRA

*Este capítulo también podría haberse llamado
«El miedo de Platón»*

Aristocles nace durante una guerra: en el 427 a. C. Atenas llevaba ya cinco años combatiendo a Esparta. No eran guerras semejantes a las recientes que se estudian en la escuela. Entonces no había riesgo de ser capturado ni se tenían que oscurecer las ventanas de casa, tampoco había bombas, refugios ni napalm —en ciertos años de escasez, la hambruna podía ser lo peor que podía ocurrirle a uno—. La guerra, ni siquiera en tiempos de grandes conflictos, rara vez entraba en Atenas. Las batallas más sangrientas se libraban en el mar o en grandes llanuras, tierra de nadie, en los pasos de montaña o en campos ofrecidos al fuego. Durante muchos días seguidos, al caer la noche los hombres volvían a casa del combate como de una jornada laboral cualquiera para encontrarse la cena lista. Reclutar tropas suponía una cuestión relativamente simple.

Los varones sanos de entre 18 y 60 años llevaban una doble vida de hoplitas. El servicio militar era obligatorio, por lo que pasaban varios años en los cuarteles entrenándose para realizar duras labores, correr con la armadura, marchar bajo el sol abrasador o dormir a la intemperie. Después, cuando estallaba la guerra, las armas que llevaban consigo eran dos: una lanza de madera maciza y una espada de hierro, que se usaba solo en el desafortunado caso de que la lanza se rompiera. Un cuerpo y dos artefactos, nada más. Un acceso a la guerra más bien sencillo.

Para la ciudad la guerra era un juego de azar con una apuesta altísima: ganarlo todo o desaparecer. Lo único realmente dramático, el

mayor miedo de un ateniense durante el conflicto, era una forma de angustia que nosotros no podemos siquiera imaginar: acabar como esclavo en una ciudad extranjera.

Otro inconveniente de la guerra era la ley marcial, es decir, la permanente sensación de emergencia que anula las típicas acciones políticas de los tiempos de paz: invertir en cultura, cuidar los jardines, construir puentes, discutir impuestos más justos. Pero quienes nacen durante un conflicto no solo se acostumbran rápido a él, también crecen con el mito de la paz, que se convierte en *el* paraíso, un lugar perfecto y perdido para siempre. El superviviente vive. El miedo no lo detiene. Al contrario, aumenta el alcance de sus sueños.

Hay que decir que, a pesar de la guerra, la infancia de Aristocles fue feliz y quizá no tuvo nada que ver con la Historia, sino con el hecho de que toda infancia se construye un mundo aparte, en el que la condición necesaria y suficiente para la felicidad pasa por el afecto, una cama, comida y adultos como montañas sobre las que quedarse dormido. Si pudiéramos entrar en los ojos, las orejas, entre los dedos o en la boca de Aristocles, veríamos los colores de la piedra, de las plantas calcinadas por el sol, el blanco de los yesos, las carreras entre los árboles. Escucharíamos los ruidos de la madera o el metal, saborearíamos intensos alimentos como la carne de caza macerada en vino y especias, la frescura del agua, una buena educación en lengua griega, la cálida consistencia de la cera. En cuanto a los objetos, Aristocles debía poseer más de cien: era un niño privilegiado, descendiente de dos de las familias más antiguas de la ciudad. Su madre estaba emparentada con Solón, sabio legislador ateniense, y su padre tenía la sangre de Codro, el primer rey de la *polis* (suponiendo que realmente existiera).

Un balance positivo que se extiende hasta su vigesimoprimer cumpleaños. Entonces cambia la situación. Atenas está siendo asediada: apenas se puede salir de los muros. Y, por si fuera pocas las calamidades, se propaga una epidemia de peste.

La sensación de encierro es un estado de ánimo universal, no hay salto cronológico que valga: no se puede salir sin arriesgar la vida, que se arriesga también quedándose dentro. Las provisiones no llegan, la comida escasea, los barcos ya no navegan libremente, los padres y los primogénitos están nerviosos y armados hasta los dientes. El tiempo no pasa, más cuando uno tiene veinte años, ha estudiado y

entiende algunas cosas, teme el futuro, no sabe cómo podrá resolverse la situación y siente peligrar la política de la ciudad. Incluso si cesa el asedio, será a un coste carísimo, lo que no constituye un consuelo: el enemigo destruirá la flota y empobrecerá la vida ciudadana, las murallas serán derribadas ante la mirada impotente de todos, como señal de desprecio, para exponerla como lugar indefenso, los ricos tendrán que prestar dinero a la polis porque los extranjeros querrán ver sus deudas de guerra saldadas inmediatamente. Para Aristocles su ciudad no será ya *su ciudad*. Extraños establecerán un gobierno para impedir el retorno de la fortaleza y el florecimiento anteriores.

Y es exactamente lo que sucede.

La guerra termina, Esparta ha vencido.

Los atenienses se lamen las heridas. Son meses de descontento privado y de abatidos lamentos en el ágora y el mercado. Los espartanos entregan el mando a un ciudadano llamado Critias; es el tío abuelo de Aristocles, treinta años mayor que él y alumno de su mismo maestro —más bien malvado, un pícaro, fácil de corromper, nunca fue amigo de su joven pariente ni querría serlo—. Aunque de joven nadie le habría confiado un chavo, ahora Critias es poderoso y ha sido llamado para controlar el trabajo de otros veintinueve hombres: los Treinta Tiranos. Aristocles escucha estas cosas a todo volumen porque Atenas no es Nueva York, conoce de vista a todo el mundo y una quinta parte de sus paisanos son parientes suyos, de su antigua y longeva familia.

Los estudiosos han descrito la guerra del Peloponeso como un choque de civilizaciones: Atenas, la cuna de la democracia, y Esparta, una dictadura militar. Sin duda es una versión idealizada de la historia: resulta evidente que se trata de potencias imperialistas, democracia y oligarquía aquí son dos caras de la misma moneda, pero ante todo son conceptos abstractos que no ayudan a imaginar la dimensión real de las cosas.

El ámbito en el que se desarrolla el conflicto podría compararse hoy con una disputa entre presidentes de una comunidad de propietarios: mientras estaba a cargo el inquilino septuagenario del tercer piso, nos conformábamos con la limpieza de la escalera, las flores en el patio y el tablón de anuncios de la entrada; ahora que la administración ha cambiado, parece que se va todo al traste. La cuestión es esta: el problema nos toca de cerca porque conocemos personal-

mente a la gente implicada y el ambiente en que vivimos empeora, se vuelve más sucio. Nos entristecemos. Pensamos que previamente las cosas iban mejor, con democracia o sin ella. Algo ha cambiado.

Por ejemplo, la muralla de nuestra ciudad ya no existe. Y no hay nada que desoriente más a un hombre que extender la mirada allí donde antes había un muro. Es un extravío físico, el espacio alrededor es distinto y, por tanto, quien lo transita debe recalcularse los puntos de referencia, exactamente igual que lo que ocurre con el cerebro satelital del GPS cuando el conductor pasa de largo la salida recomendada de una rotonda. «Recalculando ruta».

A los veintiún años, Aristocles está sentado en el mismo lugar donde otrora había una muralla y ahora puede ver el mar. No más muros. Confusión y angustia. Le han propuesto entrar en política, cualquiera se beneficiaría de tenerlo en su equipo: tiene dinero y salud, viste bien, es noble y goza del suficiente privilegio como para no albergar ideas excesivamente izquierdas. Pero él se niega, temeroso. Un temor compartido por muchos otros atenienses.

En el fondo, la mayoría de los miedos son colectivos. El miedo a la oscuridad, a los insectos, a las alturas; la lista de palabras con el sufijo *-fobia* es larguísima. Sin embargo, no es así con el dolor. Si tuviéramos que expresarlo sucintamente, la diferencia entre el dolor y el miedo es: el miedo es un pensamiento que podemos compartir con un estadio lleno de gente. Por ejemplo, es el 13 de noviembre de 2015 y estamos en París, oímos una fuerte explosión y el partido se interrumpe: en este momento nosotros y los otros ochenta mil aficionados con gorros y bufandas sentimos miedo y con razón, porque está en curso un atentado terrorista. En un primer instante podría ser un miedo infundado, simplemente sabemos que entre las causas posibles del sonido en este preciso contexto histórico se encuentra esa, y así tememos un ataque terrorista y no una visita extraterrestre. Quizás haya quien no tenga miedo y quisiera continuar viendo el partido; decir que el miedo *se comparte* solo significa que es abstracto, no que todos tengamos necesariamente que experimentarlo del mismo modo o que esté causado por la misma cosa. Pero es posible. Es posible que todos estemos pensando lo mismo. El miedo puede ser común precisamente porque es un pensamiento: no es casual que a menudo se limite a la suposición de que sucederá algo terrible que luego no sucede.